

en nosotros. Para el hebreo, para los grandes espíritus que redactaron el Pentateuco (1), para los profetas y los autores de los salmos, la vida, tal como nosotros la concebimos, se ha retirado de los seres, de las plantas y animales, del firmamento, de los objetos sensibles, para concentrarse enteramente en el ser único de que son obras y juguetes.

La tierra es el escabel de ese gran Dios; el cielo, su vestidura. Se halla en este mundo, entre sus criaturas, como un rey de Oriente en su tienda, entre sus armas y tapices. Si entráis en esa tienda, todo desaparece ante la idea absorbente del señor y dueño; no veis más que á él; ninguna cosa tiene ser propio é independiente; aquellas armas no están hechas más que para su mano; aquellas alfombras no están hechas más que para sus pies. El temible rostro y la voz amenazadora del dominador irresistible aparecen siempre detrás de sus instrumentos. Para el hebreo, igualmente, la naturaleza y los hombres no son nada por sí; sirven á Dios; no tienen otra razón de ser ni otro uso; se eclipsan al lado del Ser solitario y enorme que, extendiéndose y alzándose como una montaña ante el pensamiento humano, ocupa y cubre por sí solo todo el horizonte. En vano tratamos de figurarnos á ese Dios devorador, nosotros los descendientes de las razas arias; siempre dejamos alguna belleza, algún interés, alguna porción de vida libre á la naturaleza; no llegamos al Creador más que á medias, con trabajo, al término de un razonamiento como Voltaire y Kant; hacemos de El más bien un arquitecto; creemos naturalmente en las leyes naturales, sabemos que el orden del mundo es fijo; no

(1) Véase Ewald, *Geschichte des Volks Israel*. Apóstrofe de Ewald al tercer redactor del Pentateuco.

anonadamos las cosas bajo el peso de una soberanía arbitraria; no nos figuramos el sentimiento sublime de Job, que ve al mundo estremecerse y abismarse al contacto de la mano fulminante; no nos sentimos capaces de sostener la emoción intensa y de repetir el acento extraordinario de los salmos, donde en medio del silencio de los seres reducidos á polvo, no subsiste nada más que el diálogo del corazón del hombre y del Dominador eterno. Esta otra raza, sobresaltada por su conciencia y abandonada por la naturaleza sensible, le reanuda en parte. Si falta la ruda y potente aclamación del árabe que retumba como una trompeta á la vista del sol naciente y de la desnudez de las soledades (1); si faltan las sacudidas interiores, las cortas visiones del paisaje luminoso y grandioso; si falta el colorido semítico, han subsistido por lo menos la seriedad y la sencillez; y el Dios hebraico, transportado á la conciencia moderna, no es menos soberano en ese estrecho recinto que en las arenas y en las montañas de donde salió. Su imagen se ha reducido; pero su autoridad permanece intacta; si es menos poético, es más moral. Estos hombres leen con asombro y temblando la historia de sus obras, las tablas de sus leyes, los archivos de sus venganzas, la proclamación de sus amenazas y de sus promesas. Jamás se vió pueblo que se haya empapado tan profundamente en un libro extraño, que le haya hecho penetrar de tal modo en sus costumbres y en sus escritos, en su imaginación y en su lenguaje. A la sazón han encontrado su rey, y van á seguirle; ninguna palabra laica ni eclesiástica prevalecerá contra su palabra. Le han sometido su con-

(1) Véase el salmo 104 en la admirable traducción de Lutero y en la traducción inglesa.

ducta; expodrán por él sus cuerpos y sus vidas, y, si es preciso, día vendrá en que, para serle fieles, deroguen el Estado.

No basta oír á ese rey; hace falta responderle, y la religión no es completa sino cuando la oración del pueblo viene á unirse á la revelación de Dios. En 1549 Inglaterra recibe al fin su *Prayer-Book* (1) de manos de Cranmer, de Pedro Mártir, de Bernardo Ochín, de Melanchthon; se llamó á los principales y más fervientes reformadores de Europa para «componer un cuerpo de doctrinas conformes con la Escritura» y para expresar un cuerpo de sentimientos conformes con la verdadera fe de los cristianos. Admirable libro donde respira todo el espíritu de la Reforma, donde, al lado de los conmovedores sentimientos del Evangelio y de los acentos viriles de la Biblia, palpitan la profunda emoción, la grave elocuencia, la generosidad, el entusiasmo contenido de las almas heroicas y poéticas que volvían á descubrir el cristianismo y que habían andado alrededor de la hoguera. «Padre omnipotente y misericordioso, hemos errado y nos hemos salido de tus vías, como ovejas descarriadas. Hemos seguido demasiado los caprichos y los deseos de nuestros propios corazones. Hemos pecado contra tus santas leyes. No hemos hecho las cosas que debíamos hacer, y hemos hecho as que no debíamos hacer. Y no hay salud en nosotros. Pero tú, Señor, ten piedad de nosotros, miserables pecadores. Perdona ¡oh Dios! á los que confiesan sus faltas. Absuelve á los penitentes, según tus promesas, declaradas al género humano por el Cristo, Je-

(1) El primer rudimento de importancia es de 1545. Froude, V, 145 y 146. El *Prayer-Book* sufrió varios cambios en 1552, otros bajo Isabel, y algunos, en fin, en la restauración.

sús, Nuestro Señor; y, por amor á él, concédenos, misericordioso Padre, que podamos tener en el porvenir una vida piadosa, recta y sana... Dios omnipotente y eterno, que no odias nada de lo que has hecho, y que perdonas las faltas de todos los que se arrepienten, crea y haz en nosotros un corazón nuevo y contrito, para que deploramos, como conviene, nuestros pecados, y para que, reconociendo nuestra miseria, podamos obtener de sí pleno perdón y remisión...» Siempre torna la misma idea, la idea del pecado, del arrepentimiento y de la renovación moral; siempre el pensamiento dominante es el del corazón humillado ante la justicia invisible y que no implora su gracia más que para conseguir su reforma. Semejante estado de espíritu ennoblece al hombre y comunica cierta gravedad apasionada á todas las acciones importantes de su vida. Hay que escuchar la liturgia en el lecho de los moribundos, en el bautismo de los niños, en la celebración de los matrimonios. «¿Quieres tomar esta mujer por tu legítima esposa, á fin de vivir juntos según el mandamiento de Dios en el santo estado del matrimonio? ¿Quieres amarla, sostenerla, honrarla, conservarla en la enfermedad y en la salud... en la próspera y en la adversa fortuna, en la riqueza y en la pobreza... y, renunciando á toda otra, ser tú para ella solamente mientras viváis los dos?» Esas son las verdaderas palabras de la lealtad y la conciencia.

Nada de languideces místicas aquí ni en ninguna otra parte. Esa religión no está hecha para mujeres que sueñan, esperan y suspiran, sino para hombres que examinan, obran y tienen confianza, confianza en alguien más justo que ellos. Cuando el hombre está enfermo, y su carne desfallece, se adelanta el sacerdote y le dice: «Querido mío, sabed que el Dios todopode-

roso es el Señor de la vida y de la muerte y de todas las cosas tocantes á ellas, como la juventud, la fuerza, la salud, la vejez, la debilidad, la enfermedad; por eso cualquiera que sea vuestro mal, sabed que es un envío de Dios; y sea la que quiera la causa por lo cual se os envía, sea para probar vuestra paciencia ó servir de ejemplo á los demás..., sea para corregir y enmendar en vos algo que ofende á los ojos de vuestro Padre celeste, sabed con certidumbre que, si os arrepentís de veras de vuestros pecados y soportáis con paciencia vuestra enfermedad, confiando en la misericordia de Dios y sometiéndoo en todo ó su voluntad..., redundará en beneficio vuestro y os sostendrá en el recto camino que conduce á la vida eterna.» Un gran sentimiento misterioso, una especie de epopeya sublime y sin imágenes aparece obscuramente entre esos exámenes de conciencia; quiero decir, la adivinación del gobierno divino y del mundo invisible, únicos subsistentes, únicos verdaderos á despecho de las apariencias corporales y del azar brutal que parece impeler á las cosas unas contra otras. De cuando en cuando el hombre entrevé ese *allende* y se levanta del fondo de su cloaca, como si hubiese respirado de pronto un aire fortificante y puro. He ahí los efectos de ofrecer al pueblo la oración pública: porque ésta ha sido reducida del latín, trasladada á la *lengua vulgar*, y en esta expresión sola hay una revolución. Claro es que la rutina, aquí como en lo tocante al antiguo misal, hará insensiblemente su triste oficio: á fuerza de repetir las mismas palabras, el hombre no repetirá á menudo más que palabras; se moverán sus labios, y permanecerá inerte su corazón. Pero en las grandes angustias, en las sordas agitaciones del espíritu inquieto y vacío, en los funerales de los suyos, las enérgicas

palabras del libro hablarán de nuevo á su corazón: porque son vivas (1), y no se detienen en los oídos como la lengua muerta, sino que penetran hasta el alma, y cuando la remueven y labran en ella, echan allí raíces. Si vais á oírlas en el país y escucháis el acento vibrante y profundo con que se pronuncian, veréis que forman un poema nacional, siempre comprendido y eficaz siempre.

El domingo, en medio del silencio de todos los negocios y de todos los placeres, entre las paredes desnudas de las iglesias rurales, donde ninguna imagen, ningún ex voto, ningún culto accesorio viene á distraer la vista, los bancos están llenos de fieles; los poderosos versículos hebraicos golpean como aríetes á las puertas de cada alma; luego la liturgia desarrolla sus imponentes plegarias, y á ratos el canto de la congregación viene á sostener con el órgano el recogimiento público. Nada más grave y más sencillo que ese canto popular; ningún floreo, ninguna cantilena; no está hecho para recreo del oído, y, sin embargo, se halla exento de las tristezas enfermizas, de la lúgubre monotonía que la Edad Media ha dejado en nuestro canto llano; ni pagano, ni monacal, se desarrolla como una viril á la vez que dulce melopea, sin contradecir ni hacer olvidar las palabras á que acompaña; esas

(1) Carta de Enrique VIII á Cranmer. Froude, iv, 484. «Hacer uso de las palabras de una lengua extraña, con un simple sentimiento de devoción, cuando el espíritu no saca de ellas ningún fruto, no puede ser ni agradable á Dios ni saludable para el hombre. El que no comprende la fuerza y la eficacia del coloquio que sostiene con Dios se asemeja á un arpa ó á una flauta, que tiene un sonido, pero no comprende el ruido que hace. Un cristiano es más que un instrumento, y los súbditos del rey deben ser capaces de rezar como hombres racionales en su propia lengua.»

palabras son los salmos (1) traducidos en versos, y aun en versos augustos, los salmos atenuados, pero no desfigurados con adornos. El sitio, el canto, el texto, la ceremonia, todo se une para poner á cada hombre, en persona y sin intermediario, delante del Dios justo, y para formar una poesía moral que sostiene y desarrolla el sentido moral (2).

Falta todavía un punto para completar esa religión viril: el razonamiento humano. El ministro sube al púlpito y habla; habla fríamente, con comentarios literales y demostraciones demasiado largas, pero habla con solidez, con seriedad, como hombre que quiere convencer, y por buenos medios; que no se dirige más que á la razón y no discurre más que acerca de la justicia. Con Latimer y sus contemporáneos, la predicación, como la religión, cambia de objeto y de carácter; como la religión, se hace popular y moral, y se amolda á los que la escuchan para recordarles sus deberes. Pocos hombres han merecido más que ese de los hombres, por su vida y su palabra. Era un verdadero inglés, concienzudo, animoso, hombre de buen sentido y práctico, salido de la clase laboriosa é independiente donde se encontraban los músculos y el corazón de la nación. Su padre, un excelente *yeoman*, tenía una hacienda en arrendamiento, donde empleaba media docena de hombres, con treinta vacas que ordeñaba su mujer. Era buen soldado del rey; se costeaba una armadura para sí y su caballo, á fin de aparecer en el ejército cuando lo demandaban las circuns-

(1) Sternhol, 1549.

(2) En la *Oración funebre de la condesa de Richmond*, por John Fisher, pueden verse las prácticas á que sucedía esa religión.

tancias; enseñaba á su hijo á disparar el arco, y hallaba en el fondo de su bolsa algunos viejos «nobles» para mandarle á la escuela y de allí á la Universidad. El joven Latimer estudió de firme, tomó los grados, y fué durante mucho tiempo buen católico, ó como él decía, permaneció durante mucho tiempo «en las tinieblas y en la sombra de la muerte».

Hacia los treinta años, habiendo conocido á Bilney el mártir, y sobre todo habiendo visto el mundo y pensado por sí, empezó «á columbrar la palabra de Dios y á apartarse de los doctores de escuela y de las tonterías de ese linaje»; á poco predicaba, y no tardó en pasar «por un sedicioso muy molesto para las personas encumbradas que eran injustas». Porque tal fué desde el principio la nota saliente de su elocuencia: hablaba á los hombres de sus deberes, y en términos precisos. Un día que predicaba ante la universidad, entró el obispo de Ely, aguijado por la curiosidad de oírle. En seguida cambió de tema; hizo el retrato del prelado perfecto, retrato que no cuadraba bien con la persona del obispo; y fué denunciado por ese hecho. Nombrado capellán de Enrique VIII, á pesar de su pequeñez, y á pesar de lo terrible que era el monarca, se atrevió á escribirle libremente para atajar las persecuciones que empezaban é impedir la prohibición de la Biblia; se jugaba la vida á buen seguro. Lo había hecho ya, y volvió á hacerlo. Como Tyndal, como Knox, como todos los jefes de la Reforma, vivió casi de continuo en espera de la muerte y viendo en perspectiva la hoguera. Con mala salud, afligido por grandes dolores de cabeza, por la pleuresía, por la piedra, hacía un trabajo enorme, viajando, escribiendo, predicando, pronunciando á los sesenta y siete años dos sermones cada domingo, y levantándose las más de las

veces á las dos de la madrugada, en verano como en invierno, para estudiar.—Nada más sencillo y más eficaz que su elocuencia; y la razón es que no habla nunca por hablar, sino para *hacer una obra*. Sus instrucciones, entre otras, las que predica ante el joven rey Eduardo, no se ciernen en las nubes, en la tranquila región de las amplificaciones filosóficas, como las de Masillon ante el joven Luis XV: lo que él quiere corregir y lo que ataca son los vicios presentes, los vicios que ha visto, los que todo el mundo señala con el dedo; él también los señala, llamando á las cosas por su nombre—y también á las personas,—diciendo los hechos y puntualizando los pormenores, á fuer de corazón valeroso, que no guarda contemplaciones con nadie, y se expone sin reservas por denunciar y corregir la iniquidad. Por universales que sean sus preceptos, por antiguo que sea su texto, los aplica á sus contemporáneos, á sus oyentes: ya á los jueces que le escuchan, «á los señores ropones de terciopelo» que no quieren oír á los pobres, que en doce meses no conceden más que un día de audiencia á tal mujer, y que dejan á tal otra infeliz en la cárcel, sin querer admitir fianza; ya á los pagadores y asentistas del rey, cuyos latrocinios enumera, para colocarlos «entre el infierno y la restitución» y sacarles, libra por libra, el dinero robado. De la iniquidad abstracta desciende siempre el abuso especial: porque el abuso es el que clama y está pidiendo á voces, no un disertante, sino un campeón; la teología sólo viene para él en segundo lugar; ante todo la práctica; la verdadera ofensa contra Dios, á sus ojos, es un acto malo; el verdadero servicio á Dios es la supresión de las malas acciones.

Y ved por qué caminos marcha á su objeto. Ninguna palabra altisonante, ningún alarde de estilo, nin-

gún desarrollo de dialéctica. Cuenta su vida, cuenta la vida de los demás, y puntualiza fechas, cifras y lugares; menudea las anécdotas y las circunstancias sensibles capaces de penetrar en la imaginación y de despertar los recuerdos de cada oyente. Es familiar, festivo á veces, y siempre tan preciso, tan atento á los hechos reales y á las particularidades de la vida inglesa, que se puede sacar de sus sermones una descripción casi completa de las costumbres de su tiempo y de su país. Para reprender á los grandes que se apropian bienes comunales, les detalla las necesidades del campesino, sin el menor respeto á las conveniencias; es que no se trata aquí de guardar conveniencias, sino de producir convicciones. «Una tierra de labor necesita carneros, porque les hacen falta carneros para estercolar la tierra, si quieren que dé grano y si no tienen carneros que les ayuden á abonar la tierra, tendrán poco trigo y ruin. Necesitan también cerdos para alimentarse, para tener tocino; el tocino es su venado, y sabéis bien que ahí les aguarda la *justicia* con su latín y su horca, si quieren tener otro; de modo que el tocino es un alimento necesario, sin el cual no pueden pasarse. Necesitan también otros animales, como caballerías para arrastrar el arado y llevar al mercado sus cosechas, vacas para la leche y el queso de que viven y para pagar su arrendamiento. Todos esos animales necesitan pasto; faltando él, tiene que faltar todo lo demás; y no pueden tener pasto, si se les quita la tierra y se les cierra para que no entren (1).» Otra vez, para poner en guardia á sus oyentes contra los juicios precipitados, les cuenta que, ha-

(1) *Latimer's Sermons*, edic. de 1635, p. 105.